



## CAPÍTULO DÉCIMO-SEXTO

### La insurrección de Bosnia y de Herzegovina

 N la circular de treinta y uno de Octubre de mil ochocientos setenta denunciando la neutralización del mar Negro, Rusia declaró no ser su propósito resucitar la cuestión de Oriente, y como si estas palabras fuesen sinceras, una vez anulada la parte política del tratado de París, procuró vencer al sultán de que, habiendo cesado las consecuencias de la guerra de mil ochocientos cincuenta y seis, ninguna animosidad alentaba contra el imperio otomano, que debía ver en el moscovita su mejor amigo. El plan del gobierno de San Petersburgo consistía, pues, en adormecer en la confianza á los turcos, mientras fomentaba hajo cuerda la descomposición interna de su Estado y se preparaba á asestarle el golpe de gracia á la primera ocasión. Para realizar esta política, tenía el Czar un instrumento muy útil en el conde de Ignatieff, su embajador en Constantinopla, hombre energico hasta la brutalidad, ó flexible y acomodaticio, á compás de las circunstancias. La situación del imperio osmanlí favorecía las miras de Rusia. Abd-ul-Aziz vivía entregado á los groseros placeres del harén, sin cuidarse de la administración, cada día más ignorante y dilapidadora. En la mayor parte de las provincias, los bajaes obraban cual verdaderos reyezuelos. No ingresaban los impuestos en el Tesoro público, que, no obstante los repetidos empréstitos usurarios contratados en el extranjero, estaba siempre vacío. No se pagaba la soldada á las tropas, ni sus emolumentos á los empleados, sino con retraso de varios años, y en la administración de justicia imperaban el desorden y la arbitrariedad. El

turco, obstinado en su orgullo, no se avenía á considerar como igual al cristiano, falto de amparo en los tribunales, tachado de infiel, de «perro», juguete del bajá, sujeto á la corvea, vejado en su persona y en sus bienes. No cesaban las quejas de los cristianos, en quienes el amor á la independencia y el odio á sus dominadores se acrecentaba viendo gozar de libertad á sus hermanos de Grecia y de Servia. Sobre todo, el herzegovino y el bosniaco, servios puros, viviendo en la vecindad de sus compatriotas emancipados, se estremecían de ira y de impaciencia, pensando en la desigual condición deparada por la suerte á miembros de la misma familia. El servio de la orilla derecha del Dvina era hombre libre; el de la izquierda, un miserable *raja*. Los oprimidos cristianos tornaban sus ojos á Rusia, que, como dijimos arriba, no había tardado en recobrar su antiguo prestigio, oscurecido un momento á consecuencia de la guerra de Crimea.

El terreno, por tanto, estaba admirablemente dispuesto para que la política rusa, amistosa en la apariencia, hostil en el fondo, produjera excelentes resultados. Ignatieff se captó la confianza de Abd-ul-Aziz, cuya idea predilecta de alterar el orden de sucesión á favor de su hijo, Yusuff-Izzedin, apoyó con calor. En el ascendiente que logró adquirir sobre el sultán, auxiliaron eficazmente á Ignatieff la madre de Abd-ul-Aziz y el gran visir Mahamud-Nedim-Bajá, que, á causa de sus complacencias, era el favorito de su señor. En once meses que duró el visirato de Mahamud-Nedim, acabó de desorganizarse el elemento oficial turco. Se desterró á los ministros Husein-Avni, Husni-Bajá y otros personajes, y todas las semanas una comisión especial proponía al gran visir nuevas condenas. Además, á fin de hacer ahorros, que resultaban insuficientes para restablecer el equilibrio de la Hacienda, destituyóse á multitud de empleados, sin motivo alguno, abandonándolos á la miseria; se rebajó en más de la mitad la escasa retribución de otros muchos; se introdujeron funestas economías en el ramo de guerra; suprimióse casi por completo el presupuesto de enseñanza, y hasta se tomó seriamente en consideración la idea de reducir el año á nueve meses, con objeto de quitar tres mensualidades de su sueldo á los funcionarios públicos. A la sombra de este desconcierto, consiguió Ignatieff, no obstante la oposición del patriarca ecuménico, que se estableciera el exarcado búlgaro, con lo que la cristiandad búlgara formó una agrupación autónoma y homogénea, que se extendía hasta las puertas mismas de Constantinopla. Como hemos dicho, Rusia patrocinaba el plan acariciado por Abd-ul-Aziz, de variar el orden de sucesión; pero fueron tantos los obstáculos con que tropezó este pensamiento, que al cabo hubo de desecharlo el gobierno turco, no atreviéndose los ministros ni el gran visir á desoir las advertencias de Inglaterra, ni á cargar con las responsabilidades del cambio proyectado. La influencia de Ignatieff en la corte del sultán se quebrantó bastante con la destitución de Mahamud-Nedim, decretada en mil ochocientos setenta y dos, y la elevación al visirato del célebre Midhat-Bajá, adversario irreconciliable de Rusia, aumentándose el disgusto

de esta potencia cuando, á los pocos meses, fué llamado de la embajada de Viena otro enemigo de la ingerencia moscovita, Khabil, á quien se nombró ministro de Negocios Extranjeros. A pesar de esto, Rusia no se desalentó. Midhat-Bajá cayó del poder á los dos meses, y en un periodo de tres años, hubo frecuentes cambios de ministros y embajadores en Turquía, ya por los caprichos del sultán y las intrigas de palacio, ya por falta de seguridad y firmeza en el Consejo de gobierno. Abd-ul-Aziz, que había prescindido con pena de los servicios del complaciente Mahamud-Nedim, volvió á investirle del visirato el veinticinco de Agosto de mil ochocientos setenta y cinco, con gran complacencia de Ignatieff y del gabinete de San Petersburgo, y muy á disgusto de Inglaterra. Desde este instante, empeoró rápidamente la situación política y económica de la Puerta, que, en Octubre del mismo año, declaraba oficialmente su bancarrota. Este acto llenó de alegría á Rusia, aunque no ha podido probarse que Ignatieff lo aconsejara. Realmente era inevitable, salvo Abd-ul-Aziz se hubiese resignado á sacrificar su inmenso caudal privado y á disolver su corte, cosas que ni le pasaron por las mientes.

Mientras tanto, los agentes rusos habían reanimado las esperanzas de los cristianos de Turquía y fortalecido su confianza en el Czar, divulgando las ventajas obtenidas por su gobierno en la conferencia de Londres y el nuevo estado de relaciones que creaba la revisión del tratado de París. La creación del exarcado de Bulgaria acreció el prestigio de Rusia, al paso que el despotismo turco iba haciéndose de cada vez más intolerable á los oprimidos cristianos. A fines de mil ochocientos setenta y cuatro, la corte de Viena concertó con Servia y Rumanía, sin someterlas á la ratificación del sultán, convenciones comerciales, que habían provocado los celos de Alejandro II y de su canciller Gortchakof. Con esto, los agentes moscovitas se mostraron más osados y emprendedores que nunca, al sur del Danubio. En las belicosas poblaciones de la Iliria turca, donde el antagonismo entre cristianos y musulmanes era quizá más violento que en ninguna otra parte, amenazaba estallar la insurrección en Abril y Mayo de mil ochocientos setenta y cinco, y en Julio siguiente, tres meses antes de declararse Turquía en bancarrota, los *zaptiés* eran atacados en el distrito de Nevesnījé (Herzegovina), donde los recaudadores turcos pretendían cobrar de nuevo impuestos pagados pocos días antes. La rebelión se generalizó en un momento. El veintinueve de Julio, publicaron los insurrectos herzegovinos y bosniacos un manifiesto elocuente, denunciando al mundo las iniquidades de que eran víctimas. «Quien no conozca, decían, la barbarie turca por sí mismo; quien no haya sido testigo de los padecimientos y torturas de la población cristiana, no puede tener idea aproximada de lo que es el *raia*, criatura muda, inferior al animal, especie de hombre nacido para la esclavitud eterna..... No hay pulgada de tierra que no hayan regado la sangre y las lágrimas de nuestros abuelos..... Hoy, el *raia* está resuelto á combatir por su libertad ó á perecer.» Los turcos disponían de escasas fuerzas en las

provincias sublevadas, de modo que, en breves días, los insurrectos bloquearon muchas ciudades. No sabían aún á ciencia cierta lo que querían: unos soñaban en fundar un gran imperio servio; otros se inclinaban á unirse al Montenegro; mas en tanto llegaba la hora de formular un programa, todos se batían con el mismo furor. En Servia y en Montenegro se despertó una agitación extraordinaria, y de Belgrado y de Cetigne llegaban sin cesar palabras de aliento y auxilios al campo de la rebelión. Ni aun Austria pudo impedir que los dálmatas, vecinos y compatriotas de los alzados, les prestasen su más cordial apoyo.

Muy distintos eran los sentimientos que animaban á las grandes potencias, al juzgar la sublevación de bosniacos y herzegovinos; pero todas comenzaron por condenar el movimiento, excitando al sultán á sofocarlo por la fuerza de las armas. El incendio, sin embargo, en vez de extinguirse, crecía, amenazando abrasar con sus llamas el imperio turco. Los otomanos perdían terreno. Entonces, los tres gobiernos de Berlín, Viena y San Petersburgo, que en mil ochocientos setenta y dos se habían comprometido á proveer en común á los asuntos de Oriente, se concertaron sin demora, y el diez y ocho de Agosto, previo acuerdo con Francia é Italia, propusieron al sultán hacer ir á los cónsules al teatro de los sucesos, para entrar en relación con los sublevados y transmitir sus peticiones á un comisario del gobierno otomano. Aceptado el expediente por la Puerta, el tres de Septiembre llegó á Mostar Server-Bajá, en calidad de comisario turco: también llegaron los cónsules; pero los jefes insurrectos con quienes debía tratarse no acudieron. Los cónsules se dividieron en grupos, yendo unos á Nevesine y otros á Treviñe, y al fin, á últimos de Septiembre, algunos de los jefes insurrectos, desautorizados por los restantes, dieron á conocer el *minimum* de sus reivindicaciones. Consistían éstas: primero, en que los cristianos, garantida su plena libertad religiosa, fuesen admitidos á declarar en juicio, teniendo su testimonio el mismo valor que el de los musulmanes; segundo, en que se les permitiese formar milicias locales para su seguridad; tercero, en que se fijasen los impuestos que debían satisfacer, y no se pudiese aumentarlos arbitrariamente. El sultán, en vez de mostrarse ofendido por estas exigencias, publicó un *iradé* el dos de Octubre, diciendo que sus ministros estaban estudiando un plan general de reformas, en cuya virtud todos los cristianos del imperio, y no sólo los de Bosnia y Herzegovina, obtendrían una importante condonación en las contribuciones, nombrarían á los recaudadores é investigadores y verían ampliadas notablemente sus libertades comunales, reconociéndoseles, por ende, la facultad de elegir diputados que sostuviesen sus derechos en Constantinopla. Con esto, la Puerta trataba simplemente de ganar tiempo, aconsejada por Disraéli, que simpatizaba con los turcos, pero que, no atreviéndose á afrontar la opinión de su patria, que les era más bien adversa, por las predicaciones de los liberales, había discurrido aquel medio de entretener á Europa con seductores programas.

La confianza que merecían las palabras del sultán se vió á los pocos días, cuando sus ministros suspendieron el pago de la deuda y redujeron ésta á la mitad. ¡Buen comienzo de regeneración! Europa juzgó con unánime severidad la conducta del gobierno otomano. Rusia expuso, sin ambages, su falta de fe en las promesas de Abd-ul-Aziz, y declaró ser necesario que las grandes potencias interviniesen para obligarle á cumplirlas. Alemania apoyó al gabinete de San Petersburgo, y Austria-Hungría, entreviendo que la intervención europea, aún no pasando de la vía diplomática, podía acarrear la preponderancia rusa en la península de los Balcanes ó la formación de un gran Estado servio, eventualidades que traían muy inquieto á Andrassy, como buen madgyar, para salir del apuro, ofreció, con el asentimiento y tal vez por inspiración del canciller germánico, redactar una nota donde se expresasen las reformas indispensables en Bosnia y Herzegovina: dicha nota, después de aprobada por Europa, sería comunicada á la Puerta por los tres emperadores. Las cortes de San Petersburgo y de Berlín manifestaron su conformidad. Inglaterra nada dijo en contra, pero pidió, y obtuvo, que antes de dirigir á la Puerta aquella especie de intimación colectiva, se le otorgase un plazo para cumplir sus promesas. Queriendo poner á cubierto de toda contingencia sus intereses en Oriente, el gobierno de Londres se aprovechó de este compás de espera para dar un golpe audaz, que molestó á Francia é irritó á Rusia. El veintiséis de Noviembre, supose de pronto que Inglaterra acababa de comprar al virrey de Egipto sus ciento setenta y siete mil acciones del canal de Suez. Poco antes, se había opuesto á que Francia las adquiriese. La Puerta, por su parte, siguiendo su táctica habitual y aconsejada siempre por Disraëli, aparentó querer anticiparse á los deseos de las grandes potencias, y el doce de Diciembre se publicó, en Constantina, otro *iradé*, aún más liberal que el del dos de Octubre, en que se establecía un maravilloso sistema de innovaciones políticas, administrativas y rentísticas; proclamábase la libertad religiosa y la igualdad de todos los cultos; se creaban en las provincias gendarmerías locales, y se abolían las corveas. Rusia recibió de mal talante el pomposo decreto: no se contentaba con palabras; exigía actos, y mientras llegara la ocasión de descargar el último golpe sobre el imperio turco, quería que se hiciese algo en beneficio de bosniacos y herzegovinos, estando convencida de que el gobierno otomano no modificaría el *statu quo* sino bajo la presión de las potencias. Tal era también la opinión de los insurrectos, que proseguían la lucha con ventaja y que se encogieron de hombros al tener noticia del último *iradé*. Entonces Andrassy, que había redactado su nota, la sometió á la aprobación de Rusia y Alemania, las cuales la aceptaron en treinta de Diciembre y se dirigieron á las demás naciones solicitando su adhesión. Francia, ganosa de complacer á Rusia, prestó su asentimiento enseguida; Italia también se mostró conforme; pero Inglaterra, si bien no rehusó su firma, hizo la expresa reserva de no comprometerse en modo alguno á emplear la coacción. La nota se presentó al sultán el

treinta de Enero, mas no como nota colectiva, sino como exposición de cada potencia separadamente. Pedíase en ella, en sustancia, «completa y amplia libertad religiosa; que no se arrendase el cobro de los impuestos; una ley que garantizara el empleo directo de las contribuciones pagadas por Bosnia y Herzegovina en provecho de las mismas provincias, bajo la vigilancia de los organismos instituidos por el decreto de doce de Diciembre; el nombramiento de una comisión especial, compuesta, por mitad, de cristianos y de mahometanos, para velar por la ejecución de las reformas propuestas por Europa y ofrecidas en los *iradés* de dos de Octubre y de doce de Diciembre; finalmente, la mejora de la situación económica de la población rural».

Las potencias se contentaban con exigir que el gobierno turco contestase por escrito y públicamente: Austria-Hungría é Inglaterra no habían querido ir más lejos. La sanción de la nota, reducida al compromiso contraído por la Puerta, era completamente ilusoria. En punto á promesas, nunca fueron cortos en Constantinopla. El gobierno turco no tuvo, pues, ningún inconveniente en declarar, el once de Febrero, que aceptaba la nota de Andrassy, cuyo contenido consagraba dos días después en un nuevo *iradé*. Además, el veintidós del mismo Febrero, concedió plena amnistía á los insurrectos que en el plazo de dos meses volviesen á sus hogares, y se declaró dispuesto á reconstruir á sus expensas las casas y las iglesias destruidas. Los sublevados no se dejaron prender en estos lazos, y sus jefes, reunidos en Kossierovo, resolvieron continuar la guerra sin tregua ni descanso. En vano se esforzó el gobierno austro-húngaro en limitar el campo de la lucha, vigilar la frontera de Dalmacia é internar á Linibratich, uno de los jefes insurrectos, que, estrechado de cerca, se había refugiado en aquella provincia. Con esto nada consiguió: servios y montenegrinos prestaban toda clase de auxilios á sus hermanos. El príncipe Milano, arrastrado por el empuje irresistible de su pueblo, preparábase á la guerra y negociaba un proyecto de alianza con el Montenegro, cuyo ambicioso príncipe, Nicolás (Nikita), se apercibía á embestir vigorosamente á los turcos. El general otomano, Mukhtar-Bajá, queriendo llevar socorro á la fortaleza de Niksisch, experimentó fuerte derrota en el desfiladero de Duga, con lo que multitud de voluntarios montenegrinos pasaron á Herzegovina. En fin, el cuatro de Mayo estalló en Bulgaria una insurrección formidable, que se propagó como un reguero de pólvora encendida. Ocurrió entonces un suceso que puso de relieve la inutilidad de cuantos esfuerzos se hiciesen para remediar la situación del imperio otomano. Fué el caso que, al ser trasladada á un harén en Salónica una joven búlgara, que había abrazado el islamismo, trabóse una pendencia entre cristianos y mahometanos, y excitado el fanatismo de las turbas musulmanas, asesinaron al cónsul alemán Abbot y al cónsul francés Moulin, sin que las autoridades locales trataran de impedirlo. Alemania y Francia reclamaron con energía; las demás potencias apoyaron su demanda; abrióse una severa información, y el gobierno turco tuvo